

Clarice Lispector

**Donde se enseñará a ser feliz  
y otros escritos**

Edición de Teresa Montero  
y Lícia Manzo

Traducción del portugués de  
Elena Losada

 Siruela

Biblioteca Clarice Lispector

# Índice

<b>Presentación</b>	9
<b>Donde se enseñará a ser feliz y otros escritos</b>	
<b>Clarice escritora principiante</b>	17
El triunfo	21
Jimmy y yo	26
Cartas a Hermengardo	30
Fragmento	32
<b>Clarice periodista</b>	39
Donde se enseñará a ser feliz	43
Una visita a la casa de expósitos	45
<b>Clarice estudiante</b>	53
Observaciones sobre el derecho a castigar	57
¿Debe trabajar la mujer?	62
<b>Clarice dramaturga</b>	67
La pecadora quemada y los ángeles armoniosos	71
<b>Clarice madre</b>	85
Conversaciones con P.	90

<b>Clarice columnista femenina</b>	103
La hermana de Shakespeare	107
<b>Clarice ensayista</b>	109
Literatura de vanguardia en Brasil	113
<b>Clarice traductora</b>	129
Traducir procurando no traicionar	133
<b>Clarice conferenciante</b>	137
Literatura y magia	142
Literatura y magia	143
El huevo y la gallina	146
<b>Clarice entrevistada</b>	155
Entrevista a la escritora Clarice Lispector, grabada el 20 de octubre de 1976 en la sede del Museu da Imagem e do Som de Río de Janeiro	160
<b>Bibliografía</b>	193

## Presentación

*Donde se enseñará a ser feliz y otros escritos* ofrece al público diversos textos inéditos de Clarice Lispector. Pero esta vez no están firmados por la escritora consagrada sino por la escritora principiante, por la periodista, por la estudiante de derecho, por la columnista femenina, por la dramaturga, por la madre, por la conferenciante y ensayista Clarice Lispector.

Presenta, además, una importante entrevista, la más larga y completa que Clarice concedió, en la que recorre cada uno de esos momentos: desde sus primeros escritos hasta la conferencia donde analizaba su propia producción literaria; de los reportajes y artículos femeninos, producidos como forma de sustento, a sus anotaciones de madre, realizadas para su placer personal.

Clarice Lispector siempre reconoció el fragmento, la anotación dispersa, el «fondo de cajón» como parte esencial e indisociable de su producción literaria. A partir de sus notas, en un primer momento inconexas, ella solía extraer posteriormente una unidad, transformándolos en una obra lista y acabada. *Donde se enseñará a ser feliz y otros escritos* obedece al mismo criterio y, al agrupar cada una de esas «clarices» dispersas y fragmentadas, es imposible no observar una unidad que conecta a unas con otras. Cada escrito de Clarice parece marcado por la misma mirada sensible, singular y feroz de la mujer y creadora que, tantas veces sola, caminó al frente de su tiempo.

Queremos expresar nuestro agradecimiento a todas las personas que han colaborado en la realización de este libro con sus valiosas sugerencias e informaciones: Affonso Romano de Sant'Anna, Eliane Vasconcelos, Fauzi Arap, Maria Amelia Mello y Marina Colasanti.

**Donde se enseñará a ser feliz  
y otros escritos**

*¿Por qué librarse de lo que se amontona, como en todas las casas, en el fondo de los cajones? Mirad a Manuel Bandeira: para que ella me encuentre con «la casa limpia, la mesa puesta, con cada cosa en su lugar». (...) Además, lo que obviamente no sirve siempre me ha interesado mucho. Me gusta de una manera cariñosa lo inacabado, lo mal hecho, aquello que torpemente intenta un pequeño vuelo y cae sin gracia al suelo.*

CLARICE LISPECTOR, *La legión extranjera*

Clarice escritora principiante

Clarice Lispector se estrenó oficialmente en la literatura a los veintitrés años, con la publicación de *Cerca del corazón salvaje*, en 1943. Pero en realidad su producción literaria había comenzado antes, con dieciséis cuentos publicados en periódicos y revistas e incluso con algunos escritos nunca editados.

«Desde los siete años yo ya fabulaba», rememora Clarice en una de sus declaraciones. Ella recuerda el momento en que, aún niña, le fue revelado que un libro no era «como un árbol, como un animal, algo que nace. Maravillada, ella descubre que había un autor detrás de todo, y decide: yo también quiero».

Pasa a escribir entonces algunos cuentos, que envía regularmente al *Diário de Pernambuco*, un periódico que publicaba, los jueves, historias escritas por niños. Pero sus cuentos nunca fueron seleccionados: «Los otros decían así: érase una vez y esto y aquello... y los míos eran sensaciones».

A los nueve años, inspirada por una representación teatral a la que acababa de asistir, escribe, en tres hojas de cuaderno, una obra en tres actos titulada *Pobre niña rica*. Esta vez, sin embargo, no piensa en publicar su trabajo, lo esconde detrás de la estantería y lo rompe en seguida, según ella: «porque tenía vergüenza de escribir».

Solo en 1940, cuando ingresa en el periodismo, Clarice se decide a partir nuevamente en busca de alguien que estuviese dispuesto a publicar sus trabajos. Mientras trabaja en la Agência Nacional, empieza a publicar algunos de sus cuentos en diversas publicaciones periódicas, especialmente en la revista *Vamos Lêr!*

En la misma época envía un volumen de cuentos para un concurso de la Editora José Olympio. Pero Clarice descubrió posteriormente que el libro no había llegado a la editorial y, así, los cuentos quedaron fuera de concurso y permanecieron inéditos hasta 1978, cuando fueron publicados póstumamente en la antología *La bella y la bestia* (exceptuando el cuento «Jovencita», publicado en un periódico en septiembre de 1941 e incluido por Clarice en *La legión extranjera*, en 1964, bajo el título de «Viaje a Petrópolis»).

En realidad, Clarice había pensado en publicar estos escritos en los años setenta, pero suprimió de los originales algunos de ellos («Mingu», «Diario de una mujer insomne», «La crisis», «Muy feliz») y, de este modo, estos cuentos se perdieron para siempre. El escritor Affonso Romano de Sant'Anna recuerda que fueron arrancados cuando Clarice le mandó una copia mecanografiada para pedir su parecer sobre una posible publicación.

En la presente edición se encuentran reunidos cuatro cuentos inéditos de Clarice Lispector: «El triunfo», su primer texto, publicado el 25 de mayo de 1940 en el periódico *Pan*; «Jimmy y yo» (10 de octubre de 1940) y «Fragmento» (9 de enero de 1941), ambos en *Vamos Lêr!*, y «Cartas a Hermengardo» (30 de agosto de 1941), publicado en la revista *Dom Casmurro*.

En los cuatro cuentos, el tono intimista, confesional y subjetivo que marcaría su obra ya está presente; es posible observar también en cada uno de ellos la construcción de personajes femeninos que desean libertad y autonomía en un mundo aún predominantemente creado por y para los hombres.

## El triunfo<sup>1</sup>

El reloj da las nueve. Un golpe alto, sonoro, seguido de una campanada suave, un eco. Después, el silencio. La clara mancha de sol se extiende poco a poco por el césped del jardín. Trepa por el muro rojo de la casa, haciendo brillar la hiedra con mil luces de rocío. Encuentra una abertura, la ventana. Penetra. Y se apodera de repente del aposento, burlando la vigilancia de la cortina leve.

Luísa sigue inmóvil, tendida sobre las sábanas revueltas, el pelo esparcido sobre la almohada. Un brazo aquí, otro allí, crucificada por la languidez. El calor del sol y su claridad llenan el cuarto. Luísa parpadea. Frunce las cejas. Hace un gesto con la boca. Abre los ojos, finalmente, y los fija en el techo. Lentamente el día le va entrando en el cuerpo. Escucha un ruido de hojas secas pisadas. Pasos lejanos, menudos y apresurados. Un niño corre por el camino, piensa. De nuevo, el silencio. Se divierte un momento escuchándolo. Es absoluto, como de muerte. Naturalmente, porque la casa está apartada, bien aislada. Pero... ¿y aquellos ruidos familiares de cada mañana? ¿El sonido de pasos, risas, tintinear de vajilla que anuncia el nacimiento del día en su casa? Lentamente le viene a la cabeza la idea de que sabe la razón del silencio. Pero la aparta con obstinación. De repente sus ojos crecen. Luísa se encuentra sentada en la cama, con un estremecimiento en todo el cuerpo. Mira con los ojos, con la cabeza, con todos los nervios, la otra cama de la habitación. Está vacía.

<sup>1</sup> *Pan*, Río de Janeiro, n.º 227, 25 de mayo de 1940, págs. 11-13.

Levanta la almohada verticalmente, se apoya en ella, la cabeza inclinada, los ojos cerrados.

Así pues, es verdad. Rememora la tarde anterior y la noche, la atormentada noche que vino después y se prolongó hasta la madrugada. Él se fue, ayer por la tarde. Se llevó las maletas, las maletas que solo hacía dos semanas que habían llegado festivas, con pegatinas de París, Milán. Se llevó también al criado que había venido con ellos. El silencio de la casa quedaba explicado. Estaba sola desde su partida. Se habían peleado. Ella, callada, frente a él. Él, el intelectual fino y superior, vociferando, acusándola, señalándola con el dedo. Y aquella sensación ya experimentada otras veces cuando se peleaban: si se va me muero, me muero. Oía aún sus palabras.

— ¡Tú, tú me atas, me aniquilas! ¡Guárdate tu amor, dáselo a quien quieras, a quien no tenga nada que hacer! ¿Me entiendes? ¡Sí! ¡Desde que te conozco no produzco nada! Me siento encadenado. ¡Encadenado a tus cuidados, a tus caricias, a tu celo excesivo, a ti! ¡Te detesto!, ¡piénsalo bien, te detesto! Yo...

Esas explosiones eran frecuentes. Siempre estaba la amenaza de su partida. Luísa, ante esa palabra, se transformaba. Ella, tan llena de dignidad, tan irónica y segura de sí, le había suplicado que se quedase, con una palidez y locura tales en el rostro que las otras veces él lo había aceptado. Y la felicidad la invadía, tan intensa y clara que la recompensaba de lo que nunca imaginaba que fuese una humillación, pero que él le hacía entrever con argumentos irónicos que ella ni escuchaba. Esta vez se había enfadado, como las otras, casi sin motivo. Luísa lo había interrumpido, decía él, en el momento en que una nueva idea brotaba, luminosa, en su cerebro. Le había cortado la inspiración en el instante exacto en que nacía con una frase tonta sobre el tiempo, rematándola con un insoportable: «¿verdad, cariño?». Dijo que necesitaba condiciones para producir, para continuar su novela, segada desde el principio por una imposibilidad absoluta de concentrarse. Se fue a donde pudiese encontrar «el ambiente».

Y la casa se había quedado en silencio. Ella de pie en la habitación, como si le hubiesen extraído del cuerpo toda el alma. Esperando verlo aparecer de nuevo, su cuerpo viril encuadrado

en el marco de la puerta. Le oiría decir, los anchos hombros amados estremeciéndose de risa, que todo era una broma, un experimento para una página de su libro.

Pero el silencio se había prolongado infinitamente, solo rasgado por el ruido monótono de la cigarra. La noche sin luna había invadido lentamente la habitación. El aire fresco de junio la hacía estremecerse.

«Se ha ido», pensó. «Se ha ido». Nunca le había parecido tan llena de sentido esa expresión, aunque la hubiese leído antes muchas veces en las novelas de amor. «Se ha ido» no era tan simple. Arrastraba un vacío inmenso en la cabeza y en el pecho. Si la golpeasen allí, imaginaba, sonaría metálico. ¿Cómo viviría ahora?, se preguntaba de repente, con una calma exagerada, como si se tratase de algo neutro. Repetía, repetía siempre: ¿y ahora? Recorrió con la mirada el cuarto en tinieblas. Tocó el interruptor, buscó la ropa, el libro de cabecera, sus vestigios. No había quedado nada. Se asustó. «Se ha ido».

Se revolvió en la cama horas y horas sin que llegara el sueño. De madrugada, debilitada por la vigilia y por el dolor, con los ojos ardientes, la cabeza pesada, cayó en una semiinconsciencia. Pero su cabeza no dejó de trabajar, imágenes, las más locas, le llegaban a la mente, apenas esbozadas y ya fugitivas.

Dieron las once, largas y descansadas. Un pájaro soltó un grito agudo. Todo se ha paralizado desde ayer, piensa Luísa. Sigue sentada en la cama, estúpidamente, sin saber qué hacer. Fija los ojos en una marina de colores frescos. Nunca había visto un agua que diera una tal impresión de fluidez y movilidad. Nunca había reparado en el cuadro. De repente, como un dardo, una herida dura y profunda: «Se ha ido». ¡No, es mentira! Se levanta. Seguro que se ha enfadado y se ha ido a dormir a la habitación de al lado. Corre, empuja la puerta. Vacía.

Va hacia la mesa donde él trabajaba, revuelve febrilmente los periódicos abandonados. Quizá haya dejado alguna nota, diciendo, por ejemplo: «A pesar de todo te amo. Vuelvo mañana». No, ¡hoy mismo! Solo encuentra una hoja de papel de su bloc de notas. Le da la vuelta. «Estoy sentado desde hace seguramente dos horas y todavía no he conseguido concentrarme. Pero tam-

poco me concentro en nada que esté a mi alrededor. La atención tiene alas, pero no se posa en ningún sitio. No consigo escribir. No consigo escribir. Con estas palabras hurgo en una herida. Mi mediocridad es tan...». Luísa para de leer. Es lo que ella siempre había sentido, aunque vagamente: mediocridad. Se queda absor-ta. Entonces, ¿él lo sabía? Qué impresión de debilidad, de pusi-lanimidad, en aquel simple papel... Jorge... murmura débilmente. Desearía no haber leído aquella confesión. Se apoya en la pared. Lloro silenciosamente. Lloro hasta el cansancio.

Va al lavabo y se moja la cara. Sensación de frescura, desaho-go. Está despertando. Se anima. Se trenza el pelo, lo prende en un moño. Se frota la cara con jabón, hasta sentir la piel estirada, brillante. Se mira al espejo y parece una colegiala. Busca la barra de labios, pero recuerda a tiempo que ya no le hace falta.

El comedor está a oscuras, húmedo y sofocante. Abre las ventanas de golpe. Y la claridad penetra con ímpetu. El aire nue-vo entra rápido, lo toca todo, mueve la cortina clara. Parece que hasta el reloj suena más vigorosamente. Luísa se queda ligeramen-te sorprendida. Hay tanto encanto en esa habitación ale-gre, en esas cosas súbitamente claras y reavivadas. Se asoma a la ventana. A la sombra de esos árboles en alameda que terminan a lo lejos en la carretera roja de barro... En realidad nunca había reparado en nada de eso. Siempre había vivido allí con él. Él lo era todo. Solo él existía. Él se había ido. Y las cosas no estaban del todo desprovistas de encanto. Tenían vida propia. Luísa se pasó la mano por la frente, quería alejar los pensamientos. Con él había aprendido la tortura (sic)<sup>2</sup> las ideas, profundizando en sus menores partículas.

Preparó un café y se lo tomó. Y como no tenía nada que ha-cer y temía pensar, cogió unas mudas de ropa puestas para lavar y fue al fondo del patio, donde había un gran lavadero. Se arre-mangó, se subió los pantalones del pijama y empezó a fregarlas con jabón. Inclínada así, moviendo los brazos con vehemencia, mordiéndose el labio inferior por el esfuerzo, la sangre latiendo

<sup>2</sup> Estas indicaciones aparecen en el texto original. Indican una posible errata o lectura ambigua. (*N. de la T.*)

con fuerza en el cuerpo, se sorprendió a sí misma. Paró, dejó de fruncir el ceño y se quedó mirando al frente. Ella, tan espiritua-  
lizada por la compañía de aquel hombre... Le pareció oír su risa  
irónica, citando a Schopenhauer, Platón, que pensaron y pensa-  
ron... Una dulce brisa le alborotó los cabellos de la nuca, le secó  
la espuma de los dedos.

Luísa terminó su tarea. Toda ella exhalaba el olor áspero y  
simple del jabón. El trabajo le había dado calor. Miró el grifo  
grande, del que manaba agua limpia. Sentía un calor... De re-  
pente tuvo una idea. Se quitó la ropa, abrió del todo el grifo  
y el agua helada le corrió por el cuerpo, arrancándole un grito  
de frío. Aquel baño improvisado la hacía reír de placer. Desde  
su bañera tenía una vista maravillosa, bajo un sol ya ardiente.  
Se quedó un momento seria, inmóvil. La novela inacabada, la  
confesión encontrada. Se quedó absorta, una arruga en la frente  
y en la comisura de los labios. La confesión. Pero el agua corría  
helada sobre su cuerpo y reclamaba ruidosamente su atención.  
Un calor bueno circulaba ya por sus venas. De repente tuvo una  
sonrisa, un pensamiento. Él volvería. Él volvería. Miró a su alre-  
dedor la mañana perfecta, respirando profundamente y sintien-  
do, casi con orgullo, su corazón latiendo cadencioso y lleno de  
vida. Un tibio rayo de sol la envolvió. Se rio. Él volvería, porque  
ella era la más fuerte.